

Carlos Alberto Calderón

INTRODUCCIÓN GENERAL A LA ÉTICA CIUDADANA

INTRODUCCIÓN

Este seminario sobre ética ciudadana intenta adentrarse en la búsqueda de lo que podríamos llamar la fundamentación ética de actividades o de campos tan plurales como la educación, el periodismo, la defensa del medio ambiente, Toda esta reflexión en torno a las implicaciones éticas de este trabajo interdisciplinario exige el ponernos de acuerdo en un mareo común a partir del cual podamos hablar un mismo lenguaje ético; es lo que intentaremos en esta introducción general a la ética ciudadana

Nos parece de trascendental importancia dejar sentado desde el principio que y hablar de ética ciudadana o ética civil (como prefieren llamarla otros), no estamos haciendo referencia a la creación de una ética o de una moral nuevas, u especie de alternativa a la moral cristiana por ejemplo... como si esta hubiera perdido vigencia y fuera necesario reemplazarla por otra nueva. Digámoslo también desde el principio que no es la pérdida de valor o de vigencia de la estructura interna de la ética y de la moral lo que exige hablar de una ética civil ciudadana; de lo que más bien tendríamos que hablar es de la necesidad de crear un lenguaje adecuado, acorde con la sensibilidad y la pluralidad religiosa y civil de nuestra cultura contemporánea; lenguaje que acerque al hombre y la mujer de hoy la riqueza perenne de ese patrimonio ético de la humanidad, encerrado en una propuesta moral tan rica como es el decálogo, del cual se hablará precisamente en otro momento de este seminario.

Esta necesidad de elaborar un nuevo lenguaje moral que acerque a una sociedad civil y pluralista el imperativo ético, que garantice la calidad de la vida y la dignidad humanas se hace urgente si miramos dos realidades de la situación actual de nuestro país:

La promulgación de la nueva constitución y la realidad jurídico-institucional que de allí se desprende

La mayoría de ustedes recuerdan cómo la mañana siguiente a la promulgación de la nueva carta magna para el país, casi todos los periódicos nacionales titulaban así la noticia:

“Amaneció un nuevo país”, “se engendra una nueva Colombia, etc... Esta afirmación un poco triunfalista exige más de un interrogante: ¿Solamente la formulación jurídica de unos principios de organización de convivencia ciudadana garantizarán que Colombia sea nueva? nosotros pensamos que no y estamos convencidos que sin una mentalidad nueva, sin una higiene moral, sin un soporte ético fuerte, la nueva constitución quedará como una formulación escrita más; como haciendo parte de la ya grande colección de palabras de papel que acumula nuestro país, nuestra sociedad. Este sería el sentido de lo que llamaríamos ética ciudadana; ser como una especie de puntal que garantice, que haga de soporte a esa nueva realidad político-institucional que debería surgir en el pack como resultado de la nueva constitución.

La realidad Social y Política de Nuestro País

Casi todos los que hemos hablado en los últimos tiempos del problema de la violencia en el país y concretamente en Medellín, nuestra ciudad, terminamos diciendo: el problema fundamental es que asistimos a una crisis de valores, a una pérdida de la moral; y esto se nos ha vuelto una especie de lugar común. En otras palabras, lo que se dice y es reiterativo por ejemplo en la prensa, es que lo que le ha pasado al país y a nuestra ciudad es fruto de un desbordamiento de los controles morales y éticos; más sencillamente dicho:

¿Porqué hay personas o grupos sociales que se enriquecen ilícitamente? ¿Por qué se arremete y se quita la vida con tanta tranquilidad y frescura? ¿Por qué el secuestro, el robo, la consecución del dinero fácil? ¿Porqué todo esto si existen unos principios morales y éticos que lo tendrían que impedir? ¿Qué nos ha pasado?; he aquí la pregunta fundamental. El intento de respuesta a esta pregunta es lo que ha llevado a algunos a hablar de “vacío ético” en la sociedad y de ética civil o ciudadana. Más que de “vacío ético”, nosotros preferiríamos hablar del surgimiento de un vacío a lo ético, al aporte moral; de incapacidad de las instituciones de activar y hacer significativo el patrimonio ético acumulado en nuestra sociedad y en nuestra cultura; es este colapso moral lo que exige una nueva incursión en el mundo de la ética solamente en esta perspectiva entenderíamos el camino de búsqueda de una ética civil o ciudadana.

COLAPSO MORAL O VACÍO A LO ÉTICO

La constatación de lo que comúnmente se llama crisis de valores y que nosotros preferimos llamar colapso moral o vacío a lo ético, tiene unas causas que sería necesario profundizar, pero que en el marco limitado de este seminario solamente podemos insinuar.

La secularización de la cultura y de la sociedad

Es un hecho que nosotros no podemos negar - so pena de pretender tapar el sol con las manos, el que nuestra cultura, nuestra manera de pensar y de actuar está influenciada por el fenómeno de la secularización con todas sus implicaciones; lo religioso no constituye más el único referente, o mejor, el referente común de las personas y de los grupos sociales, esto nos llevaría a hablar de algo que ya mencionaba el Concilio Vaticano II, como el fenómeno de una mentalidad atea no solamente explícita sino también de una especie de postura atea implícita. Esto no es una constatación teórica, es la explicación de la experiencia diaria con personas o grupos para los cuales el lenguaje religioso no tiene ya una significación; ante esta realidad no es solamente legítimo, sino urgente, elaborar un nuevo lenguaje que haga accesible a esta mentalidad secularista o no religiosa, las exigencias éticas mínimas de respeto por la vida y por la dignidad humanas. Es por ahí por donde vemos el camino de una ética civil o ciudadana; en esta perspectiva, la ética ciudadana no será tanto una sustitución de la ética y de la moral clásicas, cuanto un acercamiento más adecuado, una formulación más significativa y más relevante del “cumulum” moral de la humanidad.

La Identificación entre Moral y Religión

Nuestra cultura occidental ha estado fuertemente marcada por la influencia de lo religioso; entre nosotros concretamente la hegemonía de la orientación y de la formación moral ha estado en manos de la Iglesia Católica. Esta relación no adecuadamente asumida, ha llevado a una identificación entre la moral y la religión; identificación ciertamente nociva tanto para la una como para la otra; todo esto dentro de un contexto de régimen de cristiandad” dañino y afortunadamente superado por el Concilio Vaticano II con su teología de la autonomía de lo temporal. La experiencia cristiana, la opción profunda de fe tal como la presenta Jesús en su proyecto del reino y la sistematiza la doctrina de la iglesia, no puede reducirse a una moral; la moral hace parte de la experiencia de la fe pero no puede

reducirse a ella, y esto es tan nocivo como la separación entre moral y religión ya denunciada por el magisterio eclesial.

Este reduccionismo moral-religión se ha dado en ciertos ambientes religiosos en el ámbito de un reduccionismo todavía peor: el reducir lo moral casi que exclusivamente al campo de lo sexual; de hecho, todavía para muchas personas el hablar de moral los refiere inmediatamente a la sexualidad. Esto es el resultado de un discurso moral elaborado privilegiadamente en el campo de la sexualidad y que deja a un lado o casi excluye por ejemplo la reflexión moral y sus exigencias en relación con el manejo de lo económico o la postura frente al dinero. Esto más que una afirmación teórica es también la constatación que podemos hacer muchos sacerdotes en Medellín a través de la práctica pastoral sacramental: es la realidad del sicario que jamás se le ocurre confesarse de sus actividades en la banda o de sus ‘trabajo’, pero si de sus faltas sexuales; o la del narcotraficante para el cual su actividad de enriquecimiento ilícito jamás llega a ser objeto de revisión en sus prácticas religiosas pero si sus aventuras sexuales; o la del empresario rico para el cual sus acciones de injusticia con los trabajadores son irrelevantes de cara a sus infidelidades conyugales por ejemplo.

El carácter Impositivo de la pedagogía moral

Es lo que podríamos llamar la tercera causa del colapso moral, Esta presentación impositiva, “dogmática’, casuística de la oferta ético-moral, que ha realizado la institución religiosa eclesial en ciertos momentos de su historia, ha hecho crisis. Hay que cumplir una norma porque así lo dice simplemente la moral, o la institución, no porque detrás haya un valor; a quien pide racionalidad de la norma se responde con argumento de autoridad. Esta pedagogía moral irrazonable o casuística ha ido haciendo irrelevante por ejemplo la moral católica para muchos ciudadanos, especialmente para quienes están fuertemente marcados por la mentalidad crítica, secularistas, o por el pluralismo cultural, antropológico, religioso y político fruto de la modernidad. Detrás de toda esta problemática está la exigencia de renovación de la teología moral impulsada por el Concilio Vaticano II y de la cual es muestra, por ejemplo, el título de uno de los trabajos de teología moral “Libres y fieles en Cristo”, el cual sustituye a la “Ley de Cristo”

La renuncia de la institución civil a ser garante de lo ético

Esta tercera causa del colapso moral se inscribe dentro del contexto de lo que podríamos llamar esquizofrenia entre lo ético y lo jurídico. Esa identificación entre moral y religión de la cual hablábamos más arriba llevó al Estado, a las instituciones civiles, políticas y educativas a renunciar a su papel de garantes de lo ético; pareciera como si lo ético y lo moral fuera asunto de la Iglesia, y lo jurídico solamente del Estado. En el caso de nuestro país es necesario constatar un elemento de tipo histórico como es la vinculación de la Iglesia a La institucionalidad colombiana a través del bipartidismo, vinculación que llevó a la identificación concreta de un partido político con la Iglesia o de la Iglesia con ese determinado partido político y a partir de ello a la renuncia del Estado a la responsabilidad y a la tarea de activar una propuesta ética general para los ciudadanos. Es también por este camino por el cual debemos andar en la búsqueda de una formulación ética común y válida para todos los ciudadanos.

SALIDA AL COLAPSO MORAL O VACÍO A LO ÉTICO

La constatación de esta situación fruto de estas tres realidades mencionadas puede suscitar varias reacciones:

Muro de lamentaciones

Es la primera postura común ya a muchos y que lleva a crear una especie de muro de las lamentaciones ante el cual nos dolemos nostálgicamente por el pasado; es quedarse simplemente en la queja y aflorar la “bucólica paz” de una sociedad y de una cultura agrarias pre-modernas o de un régimen de cristiandad, una especie de cesaropapismo para mantener el control de la sociedad.

Continuismo

Puede ser una segunda postura. Continuismo tanto de parte del Estado y de las instituciones civiles como de la Iglesia o de las instituciones religiosas, que impide a uno y otras asumir su tarea moral, su responsabilidad ética de una manera diferente, en un clima de responsabilidad histórica común. Esta cerrazón a buscar una pedagogía moral nueva, urgida por la situación dramática que vive el mundo y en especial nuestro país, sería imperdonable para todos.

Apertura creativa

Libres de prejuicios mutuos y sobre todo libres de ambiciones de poder, todas las instituciones tendrían que sentir y aceptar el llamado a ponerse de acuerdo en tomo a la búsqueda de lo que llamaríamos la elaboración de una pedagogía civil para la moral, para la ética; en el fondo sería lo que otros denominarían la formulación de una ética ciudadana; como lo insinuábamos más arriba nos parece más adecuado hablar de una pedagogía nueva civil que acerque y haga relevante la propuesta ético-moral. Esta apertura creativa tendría que darse en tomo a dos búsquedas:

- Búsqueda de un “Mínimum” ético

Es decir, la aceptación de un cúmulo de valores en torno a los cuales nos podamos poner de acuerdo todos los ciudadanos cualesquiera que sean nuestros credos políticos o religiosos. Elementos primarios y fundamentales de este ethos del mínimun serian evidentemente el valor y el respeto por la vida y el valor y el respeto por la dignidad de la persona humana, ambos presupuestos de una auténtica convivencia ciudadana. Aquí tendría un aporte insustituible e irrenunciable eso que hemos denominado el patrimonio ético de la humanidad que encierra la moral cristiana, basada en el decálogo, en el evangelio, en el proyecto de Jesús y en la enseñanza moral de la Iglesia.

- Búsqueda de un consenso

Un consenso que evidentemente no puede formularse en torno a los valores, a ese patrimonio ético el cual no es negociable, sino más bien un consenso que parta de una “racionalidad compartida”. Un consenso que solamente puede surgir a partir de la renuncia de todas las instituciones a cualquier tipo de intransigencia, fruto de la imposición del poder político, o religioso, o de los medios de comunicación. Un consenso que se va construyendo en el diálogo no solamente interdisciplinario, sino también interinstitucional e interreligioso. Consenso que no pretende lograrse a partir de la oposición o suplantación de la ética de orientación religiosa; que no entra en competencia con ninguna religión, sino que por el contrario se deja enriquecer por todas.

CONCLUSIÓN

Terminaríamos este primer acercamiento de nuestro seminario sobre ética ciudadana insinuando algunos caminos, algunas líneas por las cuales podríamos

transitar todos los que nos queremos empeñar seriamente, conscientes de nuestra responsabilidad histórica, en la consecución de la paz.

La racionalidad compartida

Este trabajo de hacer significativa la propuesta ética, de búsqueda de un nuevo lenguaje moral, que haga relevante y actuante el patrimonio ético de la humanidad, tiene que partir de la aceptación de la racionalidad compartida. Se trata en un primer momento de fundamentar racionalmente (no religiosa, dogmáticamente o civilmente) los asuntos de la moral. Partir de la convicción de que basta la capacidad de la razón humana natural para que los hombres y los grupos humanos justifiquen la práctica de la moral; es en el fondo el encuentro con la ley natural inscrita en el corazón de cada hombre y que nosotros en la perspectiva de la fe identificamos como la ley divina, racionalidad que como anotábamos en otra parte no diluye ni mucho menos hace insignificante el papel de lo que podríamos llamar la racionalidad religiosa institucional; por el contrario, la acepta como elemento indispensable en la elaboración de una pedagogía civil, o ciudadana de la moral.

La acción comunicativa

Para la formulación de esta segunda pista en este trabajo de significación de la ética y de moral, echamos mano de la propuesta de Jürgen Habermas con su teoría de la acción comunicativa fundamentada en la propuesta de la argumentación y del diálogo, no de la imposición de la fuerza en torno a la moralidad.

Este nuevo lenguaje moral o esta nueva propuesta de metodología ética, tiene que responder a dos de las necesidades básicas de la sociedad civil:

- La necesidad de resolver los conflictos de manera civilizada.

A esta necesidad respondería la elaboración de un discurso sobre la paz y la justicia; la elaboración de un lenguaje jurídico moral que garantice el respeto por el valor de la justicia como garante de La paz. El surgimiento de un nuevo lenguaje moral que presente de manera acuciante las exigencias ético-jurídicas de la justicia con todas sus implicaciones para las relaciones interpersonales, sociales, económicas y políticas.

Un discurso sobre la paz que parta de la aceptación y del respeto por las diferencias, del aprendizaje de una pedagogía de la argumentación y de la resolución civilizada de las diferencias y de los conflictos; pareciera que solamente hemos aprendido a resolver los conflictos a punta de ironía, de mutuas descalificaciones verbales, o a punta de fusil.

- La necesidad de suscitar repuestas y tareas colectivas a problemas y necesidades colectivas.

A esta necesidad respondería la elaboración de un discurso sobre la solidaridad. Aquí también se hace urgente la formulación de un lenguaje jurídico-moral que exija y active en los individuos y en los grupos e instituciones la responsabilidad social, el respeto por la 'polis, por lo público, por el bien común.

- La necesidad de amar, respetar y disfrutar la vida y la naturaleza.

A estas dos necesidades que trae Habermas yo agregaría una tercera, que desde nuestra perspectiva tendría que ser una primera.

A esta necesidad tendría que responder en primer lugar el discurso ético-jurídico sobre el valor inalienable de la vida humana, discurso al cual tendría que darse un diálogo interdisciplinar e interinstitucional, que genere un acuerdo alrededor de toda la problemática de la bioética.

Este discurso sobre el valor de la vida humana tendría que ver completamente hoy con el discurso ecológico que deberá llevar a la formulación de un lenguaje moral, de un consenso ético-jurídico que defienda y garantice la integridad de la creación, del medio ambiente, que genere una relación nueva, de valoración, de respeto, de disfrute con la vida, con la naturaleza.

Para concluir tendríamos que decir que todo este nuevo camino ético, toda esta tarea de creación de una higiene moral que oxigene nuestro país y lo saque del colapso moral institucional en que está sumido será imposible de recorrer, si no renunciamos a los fanatismos e intransigencia que a veces nos envuelven como cadenas:

- El fanatismo religioso de pretender que somos los únicos que tenemos una palabra a decir ante la sociedad, que nos impide "untarnos" con los ateos, con los

que no comparten nuestro credo religioso para hacer surgir una sociedad nueva capaz de generar hombres y mujeres nuevos.

- El fanatismo anticlerical, que arrincona la religión y la iglesia a la trastienda de la sociedad como algo anacrónico, opio del pueblo”, etc.

- El fanatismo político-estatal que exige al Estado como el único garante de la sociedad, como el prepotente dictador jurídico-moral que se cierra al aporte y a la confrontación de las otras instituciones sociales.

Si somos capaces de eliminar este triple fanatismo tal vez podríamos sentirnos todos orgullosos de nuestra responsabilidad histórica; y entonces los pobres y desheredados de la sociedad, los indefensos de la vida, podrían tener nuevos motivos para la esperanza.